

—¿Qué le pasa a usted que así le exalta, amigo mío?—le preguntó don Juan.

—Mire usted.

Y Rafael le dió a leer lo que contenía el pañuelo.

El joven militar quedó gratamente sorprendido de aquel acontecimiento, que le abría a su amigo las puertas para encontrar a la mujer que amaba.

—¿Y quién le ha entregado a usted ese interesante escrito?—le preguntó don Juan devolviéndole el pañuelo.

—Doña Cruz; la esposa de un antiguo empleado a quien curé de una pulmonía y que hoy ya es loco en la casa de dementes. La cantinera que colocaba siempre sus tiendas al lado de la nuestra.

—¿Ella? ¡Ah! ¡Bien decían mis compañeros que miraba a usted con predilección! ¿Y dónde está?

—En la eternidad.

—¿Cómo!

—Acaba de expirar.

—¿Pero no le ha dicho a usted el sitio y la calle en que recogió el pañuelo?

—Se le olvidó advertírmelo sin duda. Pero ¿qué importa? ¿No sé quién es el malvado? ¿No tengo valor y espada para obligarle a que me entregue lo que infamemente me arrebató en este mundo? ¿No hay justicia para que le prenda como a un infame y le castigue severamente?

—Sí; hay cuanto usted acaba de decir; y yo le ayudaré a usted en esa empresa, si es preciso, con mi brazo y con mis armas.

—Gracias, amigo mío —dijo Rafael dándole la mano agradecido—; pero de las armas sólo haré uso cuando no me viese escuchado por los jueces.

—Pero los jueces escucharán a usted, y la hermosa Luz recobrará su libertad y usted encontrará en su amor su anhelada ventura.

—¡Oh! Estoy impaciente por llegar a México.

—Comprendo esa impaciencia.

—Cada instante que pasa debe ser un siglo de tormento para aquel ángel que espera verme llegar a arrancarla del poder del infame Willey, como es para mí cada momento que permanezco sin poder volar a su lado.

En aquel momento entró un oficial suplicando a Rafael marchase a curar algunos heridos que acababan de llegar arrastrándose del sitio en que había sido el combate, y en el que habían quedado abandonados.

—Voy al instante—contestó Rafael.

Y el oficial salió sin detenerse.

—Ahora podrá usted desempeñar su humanitario trabajo con doble valor y satisfacción, puesto que ha encontrado usted el medio de volver a ver a la mujer que ama.

—Temo que se me obligue a permanecer curando a los heridos por mucho tiempo.

—Pues yo espero que, si pide usted una licencia por los días necesarios para ir a México y salvar a Luz, se le concederá a usted.

—¡Dios lo quiera!

—Pídala usted.

—La pediré.

—Pero pronto.

—Mañana mismo. Adiós: voy a cumplir con mi deber de curar a los heridos.

—Adiós.

Y Rafael, lleno el corazón de inquietud y de esperanza, y anhelando el nuevo día para solicitar la licencia de volver por unos días a México, para arrancar del poder de Willey a la mujer que idolatraba, salió de la tienda, y se dirigió al sitio en que le esperaban los desgraciados heridos.

CAPITULO VIII

Exponer la vida

La división de Santa-Anna, después de haber emprendido su retirada de la Angostura, y de haber pasado inauditos trabajos y miserias por la carencia de víveres, de agua y de medios de transporte para conducir a millares de enfermos y de heridos, entró en San Luis el 9 de marzo, recibiendo las más inequívocas demostraciones de aprecio de aquella población filantrópica y patriótica.

Las bajas de aquel ejército, que tan lleno de esperanzas y tan brillante había salido un mes antes, habían sido considerables, pues de los dieciocho mil hombres de que se compuso al partir en busca del enemigo, sólo entraron diez mil quinientos en el estado más triste y desastroso.

Santa-Anna, informado de lo que pasaba en México, y de que la revolución de Polkos y Puros tenía a la ciudad alarmada, dió orden de que después de un descanso de cuatro días una parte de la división continuara su marcha hacia la capital.

Dada esta orden, y después de dejar en su lugar al general don Ignacio Mora y Villamil, encomendándole el mando en jefe del ejército, se dirigió con su Estado Mayor y alguna caballería hacia México, donde le llamaban ambos partidos, procurando cada cual tenerle de su lado.

Don Rafael y don Juan anhelaban marchar en su compañía; pero al primero le fué preciso quedarse asistiendo a los enfermos y heridos, y al segundo al lado del general Villamil, de quien era ayudante.

Al llegar Santa-Anna a San Miguel de Allende, se le presentó el diputado don Juan Othon, enviado por el partido puro para decirle que aniquilase a los pronunciados.

Santa-Anna, que ignoraba los pormenores de la revolución, le recibió con agrado, y le manifestó que no era su intento derrocar al gobierno.

Continuando su camino, y a cuatro leguas de Santa Rosa, se presentó otra comisión de los diputados moderados, compuesta de don Ramón Pacheco y don Eugenio María Aguirre, cuyo objeto era inclinar el ánimo del mimado general en pro del pronunciamiento.

El paso de Santa-Anna por las poblaciones, era una continuada ovación que los habitantes concedían al valiente general, que tan bien puestas había dejado las armas mexicanas en el sangriento combate de la Angostura.

No bien se presentó en Querétaro, cuando se acercó a él otra comisión de los Polkos, formada del general Salas, el licenciado don Guadalupe Cobarrubias y su hermano el doctor don José.

Citados para una conferencia particular, expusieron minuciosamente las miras de orden y de bienestar social que se habían propuesto sostener los jefes de aquella revolución, lo que, escuchado atentamente por Santa-Anna, le decidió a declararse en favor de los Polkos.

Después de haberse detenido un día en la Villa de Guadalupe, que dista una legua de la capital, entró en México entre las entusiastas aclamaciones del pueblo, que le recibía como a su salvador, y después del solemne Te-Deum, cantado en la hermosa catedral, en acción de gracias al Omnipotente por la brillante jornada de la Angostura, recibió las visitas de las personas más caracterizadas de todos los partidos.

Por la noche, después de haber prestado ante una comisión del congreso, el juramento que se formuló, entró al ejercicio del poder, con lo cual Polkos y Puros depusieron su actitud hostil para pensar únicamente en recha-

zar al enemigo extranjero que asediaba la invicta Veracruz.

Cesado el estado de alarma, la población celebró con repiques y vítores la entrada al poder del general Santa-Anna, y la guardia nacional, compuesta, como hemos dicho, de lo más granado de la sociedad, se dirigió hacia el palacio, ufano del triunfo que había conseguido.

Al marchar por la espaciosa calle de Plateros para la guardia de palacio las compañías de Victoria, Hidalgo, Independencia y Bravos, los balcones de todos los edificios se veían cubiertos de señoras y lindas jóvenes, con lujo y gusto angalanadas, que arrojaban multitud de olorosas flores sobre los que habían defendido la religión y el orden.

El tránsito estaba lleno de gente de ambos sexos, que se agolpaba a ver pasar a aquellos soldados de la fina sociedad, que ostentaban en su pecho y cuello, porción de cintas y medallas, que las monjas les habían regalado como defensores de las cristianas creencias. Todos los que formaban aquellas filas tenían en los balcones personas de su aprecio a quienes dirigir una mirada. Sólo Leopoldo, que iba de su compañía, entregado puramente a sus ideas amorosas, parecía indiferente a todo.

Al llegar a la esquina del Portal de Mercaderes y Empeadrillo, el ruido de las cornetas, de los tambores, de las músicas, de las campanas, de los cohetes y de los vivas, asustó a los arrogantes caballos de un coche que cruzaba en aquel instante la plaza de Armas.

El cochero quiso contenerlos; pero los fogosos animales, rebeldes a la rienda, partieron a escape sobrecogidos de espanto.

Una cabeza de mujer se asomó por la portezuela gritando: ¡socorro!

Leopoldo fijó los ojos en ella y reconoció a la hermosa Inés.

Al verla, no dudó que Clotilde también se hallaba dentro del coche y que llegaban de Texcoco.

Su imaginación midió en un momento el inminente peligro en que se hallaba la vida de su amada, y no pensó más que en salvarla.

Los caballos, entre tanto, marchaban desbocados.

La gente, asustada, gritaba abriendo paso para no ser atropellada.

Los fogosos animales, ciegos y mordiendo el freno, corrían en dirección al rumbo que llevaba la tropa.

El carruaje iba a estrellarse sin duda contra la esquina del Portal de Mercaderes, matando a los que iban dentro.

Los millares de personas, que, aterradas miraban aquella escena, conociendo lo que iba a suceder, dejaron escapar un grito de horror.

Leopoldo, aconsejado por el sentimiento del amor y por el deseo de salvar a la joven que amaba, arrebató el fusil a uno de sus soldados, y con la velocidad del rayo se colocó en el sidio a donde marchaba a estrellarse el coche.

Todos le gritaban que se quitase, porque iba a perecer; pero él, sin inmutarse y resuelto a perecer o a salvar a la mujer que era su vida, desafió el peligro esperando a pie firme a los caballos que ya estaban casi encima de él.

De repente se escuchó un grito de asombro.

Uno de los caballos había caído muerto, atravesado el pecho por la bayoneta que ostentaba Leopoldo en su fusil, y el otro, no pudiendo arrastrar el peso, se detuvo, a pesar de los esfuerzos que hacía para continuar su carrera.

El coche, pues, no llegó a estrellarse.

La gente que iba dentro se había salvado.

En el instante mismo se abrió la portezuela, y salió un anciano a dar las gracias al que tan heroicamente se había manejado.

Era don Emilio que, al encontrarse con Leopoldo y saber que él era su salvador, le estrechó afectuosamente la mano diciéndole:

—Hoy más que nunca deseo que la honra de su padre usted quede probada para que usted forme parte de nuestra familia.

—¡Oh! ¡Eso sería el colmo de la felicidad!—contestó el joven inundado de gozo su corazón.

Un carruaje de alquiler de los que en aquel sitio se encuentran siempre, se acercó a una señal de don Emilio, para recibir a las personas que dentro estaban y conducir las a su casa, en tanto que el cochero de Landeta arreglaba la manera de llevar el suyo.

Al trasladarse de un coche al otro, el primero que bajó fué Duval, dando la mano a la hermosa Inés, y luego a la abatida Clotilde, que, pálida y débil, apenas podía sostenerse en pie.

El joven pintor se estremeció al ver los estragos que la horrible enfermedad había hecho en el sér idolatrado de su corazón.

Don Emilio, reconocido al importante servicio que acababa de prestarle Leopoldo, le presentó a su familia diciendo:

—Aquí tenéis al que acaba de salvarnos.

Clotilde dejó escapar una exclamación de placer, y sus mejillas se tiñeron con la púrpura del rubor.

Inés le estrechó la mano dándole las gracias en nombre de ella y de su protegida.

Duval se mordió los labios, y guardó silencio.

Poco después subieron las dos hermosas y Duval en el coche.

Don Emilio se quedó el último, estrechó fuertemente la mano del valiente joven, y volvió a repetirle en voz baja:

—Es usted digno del noble y tierno corazón de mi querida hija: deseo en el alma que la honra del padre de usted quede limpia para tener el orgullo de contarle a usted entre los miembros de mi familia.

Al terminar estas palabras subió en el coche.

Inés y Clotilde le dirigieron una mirada que inundó de dicha su corazón.

El carruaje partió.

Leopoldo le siguió con la vista.

El coche torció por la esquina de una calle.

Leopoldo lo vió desaparecer.

Exhaló un suspiro, y conmovido hasta lo más íntimo del alma, volvió a ponerse al frente de su compañía, y se dirigió a palacio soñando en un mundo de felicidad, y alarmado a la vez por el estado de abatimiento en que había encontrado a su amada.

CAPITULO IX

El lobo con piel de oveja

Retrocedamos ahora, para reanudar el hilo de la historia de algunos personajes, al día del pronunciamiento en que empezó el México la lucha entre Polkos y Puros.

Al terminar uno de nuestros capítulos, dejamos a la desgraciada Soledad esperando en su humilde cuarto la llegada del infame Willey, que se había valido de una carta fingida para llevarla de allí y triunfar de su virtud.

La noche estaba serena, pero oscura.

Las puertas de todas las casas, cerradas, por el temor que infunde toda revolución.

Por las calles no transitaba ninguna persona.

Sólo en las sólidas y elevadas torres de las iglesias, y en las azoteas de los edificios públicos se veían pasear, como